





Del signo Libra en el zodiaco occidental y Caballo en el chino, IVÁN MONALISA OJEDA nació en la Región de Los Lagos, sur de Chile. Estudió Artes Escénicas en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Llegó a Nueva York un otoño de 1996, y desde entonces vive en esta ciudad. *La misma nota, forever* es su primer libro.



LA MISMA NOTA, FOREVER

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 13

IVAN MONALISA OJEDA

**LA MISMA NOTA,
FOREVER**



SANGRÍA

© Iván Monalisa Ojeda Leviante
ISBN: 978-956-8681-36-4

© 2014, Sangría Legibilities, Inc
1443 Dean Street, Apartment 2
Brooklyn, NY 11213, USA
info@sangriaeditora.com / www.sangriaeditora.com

Edited by Carlos Labbé, Mónica Ríos and Martín Centeno.
Layout by Carlos Labbé.
Cover design by Joaquín Cociña.

This edition was printed in Walch Printing, Portland, ME, in May 2014.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

Sangría Legibilities aims to create new models to issue discourses, texts, and literatures that are alive in the United States. By consolidating multilingualism in literature and other socially relevant texts and media, we offer a commitment to cultural openness, and we extend a social contract from the emergent languages of the Americas to the mainstream communities in the United States.

This book was generously sponsored by
The Angel Lozada Fund for New Hispanic Writers.

ÍNDICE

La gata siamesa.....	11
El fan club de la Turner.....	15
El nene ese le enseñó a pelear.....	23
El chico de al lado.....	29
Un slave.....	43
La misma nota, forever.....	49
House of dreams.....	57
Lo que necesito es dinero.....	63
Estas son nuestras banderas.....	81



La gata siamesa

La barra está llena de monitores de televisión que muestran películas pornográficas, hombres con hombres que no parecen hombres. Son hombres con silicón, con implantes de agua salina. Hombres que han tomado hormonas. En cambio yo soy una travesti. Algo de origen más antiguo, casi mitológico. Y así, sintiéndome especial, bajo las escaleras para encontrarme con Isaac. Y ahí aparece él. Me acerco muy coqueta, preguntándole cómo le va. Él me dice que más o menos. Yo le pregunto por qué. Me dice lo que ya sé. Que ya está cansado de tanta medicina. De tantos años con ese cáncer que no desaparece. Yo para subirle el ánimo le digo que no se ve como una persona enferma. Que es bien parecido, de cabello castaño y ojos claros, que tiene un buen trabajo, un regio departamento y una gata siamesa muy bonita que se llama Mimí. Me mira asombrado. Cómo puedo saber tanto de él. Y entonces tengo que recordarle que ya nos hemos ido muchas veces juntos. Que siempre

conversamos. Que siempre hemos tenido buen sexo. Y que además me paga muy bien. Se ríe y con su sonrisa me dice que por supuesto. Y que también soy bella, muy bella, bella como tantas otras que caminan por esta barra buscando clientela con sus carteras hambrientas como la mía. Le pregunto si sigue al pie de la letra el tratamiento médico. Me dice que sí, mientras me invita un blow de cocaína. Yo, que me había propuesto no hacer drogas esta noche, acepto. Nos quedamos en silencio. Me ofrece un trago. Yo pido un vodka and cranberry juice. Me pongo de pie y me voy a otro rincón de la barra. Ese pase de coca me ha dejado para adentro, pensando en nada. Veo a Isaac que habla con una y con otra. Bebe y se echa cocaína. Yo quiero otro jale. Me acerco y se lo pido. Me lo da. Me ofrece otro vodka and cranberry juice. Le toco el rostro. Es una cara de niño: dulce, pálido y de ojos transparentemente azules. Le doy un beso en el cuello. A lo vampire. Él me acaricia las piernas. Le muerdo la oreja y susurrando le pregunto por mi propina. Me da cincuenta dólares. Me pongo de pie. Quiero dejarlo a solas por un momento. Ya sé que esta noche él será mi one night stand plus money.

Caminando por ahí me encuentro con Mirella, una loca mexicana. Comentamos que la situación no está buena. Que hay que llegar más temprano para hacer algún dinero. Claro. The early bird gets the early warm.

Me pide un sorbo de mi trago, se lo bebe todo en un santiamén. Voy donde la bartender y le pido uno gratis. Me da el correspondiente vodka and cranberry juice otra vez. Como ella es filipina le digo:

–Zalamat!

Siento las narices picándome. Prendo un cigarrillo, una loca me pide una fumada. Le digo que sí, pero sólo una, pues es el último que me queda. Lo agarra y se va. Decido volver donde Isaac. Lo encuentro sentado en el mismo lugar. Solo. Seguramente ya le sacaron todo el dinero. Entre la oscuridad de la barra me hace gestos con las manos para que me acerque. Cuando estoy a su lado veo sus ojos tan abiertos que parece que se le van a salir de las cuencas. Me cuenta que se le acabó la coca. Le digo que compre más. Me responde que también se le acabó el dinero. Le propongo que compremos una bolsa con el mío. Que de ahí nos vayamos juntos a su casa. Que pase a un cajero automático y que me devuelva el dinero de la droga, sin contar lo que me debe pagar por mis servicios. Así lo hacemos. Tomamos un taxi y cruzando el Williamsburg Bridge llegamos a su departamento en Brooklyn. Una vez adentro le pido que no encienda las luces. Que con la luz de la calle que entra por los ventanales es más que suficiente. Su gata Mimí está en un rincón, inmóvil como una pequeña estatua egipcia.

Nos vamos a su dormitorio. Me desnudo. Lo desnudo. Pongo algo de coca en la cabeza de mi verga erecta. Isaac lo succiona hasta el cansancio. Me vengo dentro de su boca. Nos relajamos por varios segundos. Me visto mientras él llama un taxi que me regresará a Manhattan.

Antes de despedirnos, antes de abrir la puerta, Isaac prende las luces del departamento. Veo claramente a su gata Mimí que reposa en sus brazos. Veo claramente el amplio departamento. Veo claramente la cara de Isaac. Veo claramente que todo tiene el color de las cenizas.

El fan club de la Turner

Escribo entre penumbras. El estudio de la Manuel se ilumina con la pantalla de un televisor encendido, sin volumen. Una luz violeta más una cortina de tules dividen el espacio en dos, y hacen que el dueño de casa, la Manuel, y el invitado de ocasión se vean desde lejos con los bordes de sus cuerpos iluminados. Se acarician. Me invitan a participar. Yo no quiero. El crystal me tiene sin ganas de sexo; una cosa extraña, pues a todo el mundo le da con eso de meterse con uno y con otro, y con el que venga. Hasta que se termina en una orgía. Manuel me dice:

–Monalisa, ya no nos echemos mas Tina, que si no nos vamos directo al emergency room.

Crystal meth, también conocida como Tina. Así que cuando hablamos para conseguirla nos decimos:

–Oye loquita, ¿cómo estás para escuchar el último CD de la Tina Turner?

–Me parece buena idea. A ver si consigues varios CD, así podemos revenderlos a algunos fanáticos.

—Claro. Yo conozco un fan club de la Tina Turner que es súper numeroso. ¡Numerosísimo!

El invitado esta noche es un conocido de la Manuel, recién llegado de Pittsburgh. Un trip en bus de casi cuatro horas para volverse loquito en Nueva York. Un tipo del que ni siquiera sé su nombre. Es blanco, yo diría que italiano. Entre treinta y treinticinco años. En una escala de uno a diez yo le daría un siete. De pronto lo miro y me hace señas para que vaya a la cama junto a él. Voy y le agarro el miembro que esta embadurnado en lubricante. Es una verga como de ocho pulgadas. Sí, en verdad es un trozo grande. Él no es feo. Pero es que no sé. Que tenga el cabello con highlights en la onda metrosexual —porque todos los gays no son metrosexuales, ni todos los metrosexuales son gays—, pues eso, chulita, a mí no me calienta. Es como ver a una amiga más, con esa que chismoseas y te vas por ahí de copas a conversar de las desgracias mutuas. Porque en lo que se refiere a mí prefiero un construction worker o un truck driver. Un irlandés se aquellos que se van a los bares a beber por horas, y que nunca se van al suelo por más borrachos que estén. Igual le pregunto al invitado de Pittsburgh:

—Do you like to get fuck with a dildo?

Me mira.

—Yes, but first I have to get a shower.

Y yo vuelvo a sentarme aquí, en la otra esquina del studio, en esta mesita negra muy chic que la Manuel se encontró en la calle. Porque debo aclarar que la Manuel tiene muy buen gusto en lo que a decoración se refiere. Y esta otra, mi amiga a la que voy a empezar a llamar miss Tina, esta miss Tina me tiene escribiendo a lo acelerado. Escribo y escribo, y de pronto me detengo. Me pongo de pie, bajo a la tienda. Bajo las escaleras de este building viejo donde vive la Manuel, en la Octava Avenida entre las calles Quince y Catorce. Chelsea neighborhood. En la esquina compro dos galones de agua y un sobre de Tylenol PM para lo que se pudiera presentar. Aunque, pensándolo bien, esto de las píldoras fue un gasto innecesario. La Manuel tiene tal cantidad de pastillas, desde Xanax hasta morfina, pasando por Viagra y Ambien, que lo de ella es una verdadera farmacia. Y ahí estaba yo de compras bien seguro de mí mismo, a pesar de que sabía que todo el mundo me estaba mirando; en especial cuando entré a comprar el sancocho en La Taza de Oro.

—Es que la Tina se ve, Monalisa —me había dicho la Manuel—. Se ve en los ojos. Las pupilas se te agrandan como platillos.

Vuelvo al studio. Dejo mis compras en el suelo. Abro un galón de agua. Bebo como si fuera la última coca cola del desierto y comienzo a escribir de nuevo.

—¡Monalisa, ven! —grita la Manuel.

Y yo me acerco a la cama donde esta con el invitado de Pittsburgh.

—¿Por qué no vas a recoger un delivery de Tina? —me dice la muy descarada.

Y pienso: qué se cree ella. Que no ve que estoy escribiendo. Que mi escritura no se puede interrumpir así como así. Pues le alego:

—¡No!

Luego vuelvo a pensarlo:

—¡Sí!—

Pero será a cambio de algunas exigencias. Y nuevamente vuelvo a pensarlo. Voy o no voy. Pienso. No, no pienso. Estoy high. Y estoy paranoico. Nueva York está en alerta naranja, alerta de que puede haber algún ataque terrorista. Se ve que anda mucho undercover por ahí. Se esperan más atentados en la ciudad, como si nadie que viva en Nueva York no lo supiera. Cuando quede la catástrofe en el subway durante el rush hour. O cuando lancen alguna bomba viral peor que el VIH y Nueva York quede aislado. O algo congelante, en la onda *Day After Tomorrow*. No, no quiero salir. De pronto el invitado de Pittsburgh se viste y se va. Qué tiene que hacer.

La Manuel me dice:

—Va a volver.

Y de inmediato salta de la cama a la mesita que se ha convertido en mi escritorio.

–Oye Monalisa, este tipo vuelve ahora. Así que sigue la corriente en todo lo que te diga.

–Qué quieres decir.

–Pues que hay que sacarle dinero, chica.

Acordamos con la Manuel no meternos más Tina, y dormirnos a la medianoche. Yo llevo treintidós horas sin hacerlo y la Manuel algo más de dos días. Me dice que me va a dar una píldora de Xanax; bueno, la mitad, pues una entera es muy peligroso. Nos ponemos a limpiar el studio. Llega el momento de limpiar la alfombra, pero no estoy en la onda de pasar la aspiradora. Así que la Manuel me dice:

–Mira chica, la que va a dormir en el suelo esta noche eres tú. Así que si quieres dormir en la mugre, ¡no limpies ni pinga!

Y ahí me quede yo. Leída y entinada. Le estaba sacando la vuelta a la limpieza. Eso sí debo decir que pelé unos mangos y corté en trocitos varios strawberries, dejándolos hermosamente decorados en un plato para que la Manuel se las comiera cuando estuviera de anejo. Pero la Manuel, que es muy buena para la leída, agrega:

–Seguro que lo hiciste para comértelo más tarde.

Qué mal pensada y que mal agradecida.

Tal como él lo había previsto, el invitado de Pittsburgh regresó. Apenas entra al studio se empieza a desvestir. Saca una bolsa de Tina. La vacía en un billete de veinte dólares para molerla. La Manuel toma el billete estirado y me ofrece. La miro: ¿no te acuerdas en lo habíamos quedado? ¿No más Tina y dormirnos a la medianoche? Y él me mira de vuelta: ¿y para qué me haces caso, que no ves que el embale me hace decir tonterías? Pero bueno. Me doy dos jales. Dos jales bien fuertes. El televisor siempre ha estado encendido, pero sin volumen. Nos ponemos a ver el último episodio de *American Idol*, un fast food singer. No fish, no meat. Igual nunca supimos como cantaban. Mientras el invitado de Pittsburgh se sobaba la verga, le pregunto qué siente cuando está en Tina.

–I feel horny –me responde.

La Manuel se levanta de la cama y se sienta junto a mí. Ahora yo me paso de la mesita negra a la cama. Me estiro y me trato de relajar. Estoy al lado del invitado de Pittsburgh. De pronto, como corresponde a su carácter celoso y dominante, la Manuel se pone histérica. Abre aun más esos ojos azules que cautivan a todo el mundo, menos a mí. El invitado de Pittsburgh roza con sus pies los míos. Con sus piernas, mi espalda. Y yo no estoy ni ahí. El tipo este no me gusta. Lo veo como a una loca más. Una amiga. Y yo no soy lesbiana: me gustan los

hombres, y que se vean bien hombres. La Manuel sigue en su histeria. Sin saber que yo nada de nada con el invitado de Pittsburgh, vocifera:

—Monalisa, ¡la nota de Tina te puso en la onda agresiva!

Y yo, para nada. De la más nice, de lo más inspirada, de lo más artística. Ella no puede con mi attitude. Así que salta de la mesita a la cama, se instala entre mí y el invitado de Pittsburgh. Me levanto y voy al baño. Al salir me dirijo a la mesita y sigo escribiendo. Me dicen que salgamos por ahí a caminar. Yo pienso en que tengo que escribir y luego descansar. Que llevo muchas horas despierto.

—No voy —les replico.

Ellos se visten y antes de que salgan les digo:

—Girls, Have fun!

Y ahí sigo yo. High. Escribiendo. Bebiendo mucha agua. Listo para empezar con el segundo galón. Mucha, mucha agua para limpiar este cuerpo intoxicado. Sigo escribiendo, mientras afuera la ciudad sigue su curso.



El nene ese le enseñó a pelear

Liz salió de la cárcel. Estuvo en Rikers Island por algo más de tres años. Había asaltado un grocery, una noche en que el mexicano que ahí cuidaba andaba medio despistado. La loca vació la caja registradora. Se embolsó como cuatro mil dólares. La policía no se tomó ni un mes en agarrarla. Bastó con revisar las huellas digitales dejadas en el campo de acción para que supieran a quién tenían que buscar. Y es que Liz tenía record, y uno de no pocas páginas; nada de delitos violentos, sólo robo y prostitución. No en vano era una legendary del Hell's Kitchen neighborhood. Cuando la policía fue a buscarla, la que abrió la puerta fue su mamá. Y ésta, cuando vio de quiénes se trataba, y como ya conocía las costumbres de su hija, sin decir palabra los dejó pasar. A Liz la encontraron en el patio de atrás, quizás todavía en la nota que le había dado el último pipazo de crack. Tenía para ese entonces treinta y siete años. Salió hace un par de semanas de Las Rokas. Tiene ya cuarenta y volvió otra vez a casa de su mamá.

Nos la encontramos la otra noche. Yo caminaba con Silvia. La acompañamos a su casa. Con Silvia nos íbamos fumando un pito de marihuana. Liz no fumó. Dice que ya es hora de dejar las drogas. Dice que lo suyo es el crack y la heroína. Que eso es lo que a ella la tienta. Pero aun así el humo de la yerba la puede volver loca. Lo que fumábamos con Silvia, mientras caminábamos en dirección al río, era exotic weed, una especie bien fuerte de high drug. Ahora todo el mundo sólo fuma high drug. Yo no lo podía creer, ¿que Liz no quisiera fumar con nosotras? Pero sí, efectivamente no fumó. Silvia decía que ojalá le dure esa nota de estar clean por un buen tiempo, para despejar la mente. Le comenté que por lo menos estaba tratando, pero ya sabemos que no es fácil dejar las drogas así como así. En especial si vienes saliendo de la cárcel y dejas a tu amorcito allá dentro. Liz dice que el nene ese es bellísimo. Que aún le quedan como cinco años en Las Rokas. Que está preso por asesinato. Mató a una pareja, a un matrimonio, para ser más exactos. Pero como el crimen lo había cometido siendo menor de edad, la sentencia no fue tan severa. Y por eso sale como en cinco años más. Liz dice que no le tiene miedo. Que el nene ése la respeta. Que en el fondo es un buen muchacho. Que él tampoco se arrepentía de lo que había hecho. Que los mató porque lo habían traicionado. Que los mató delante de los niños.

Liz dice que lo va a esperar por estos cinco años que aún le quedan. A Liz se le ve fuerte y saludable. Dice que el nene le enseñó a pelear. Y eso que ella ya sabía pelear. Pero allá dentro sí que una tenía que saber cómo defenderse y hacerse respetar. En especial si eres una loca. Claro, podrías irte a Homo House. Pero no. A Liz le gusta estar con los hombres. Ser la reina del lugar. Así que saber defenderse era una necesidad. Dice que su novio será un asesino y todo, pero que a ella le hizo estar bien con él allá adentro. Que le quitó la frustración y todo eso de estar encerrada. Dormían en el mismo dormitorio, sus camas no estaban tan separadas una de la otra. Que cuando apagaban las luces ella se pasaba donde él. Y ahí en esa oscuridad, vigilando que el guardia no se apareciera, se unían con lujuria reprimida para no hacer ruido en ese dormitorio de sesenticuatro camas. Había que hacerlo rápido. No había tiempo para tanto besuqueo. Se trataba de zingar, de chichar, de descargarse, de venirse rápido, lo más rápido que se pudiera, que si los pillaban iban a la celda de castigo por un mes. La ducha, sólo dos veces a la semana, y no más al comedor a tragar esos platos sin sabor con los demás; nada de gimnasio y olvídate de la televisión. Por eso cuando ellos están juntos en esa oscuridad, y el guardia al otro lado de ese gran dormitorio, había que hacerlo rápido, bien rápido.

Seguimos caminando por el West Side. Ya habíamos pasado como hace dos cuadras la casa de Liz. Estábamos sentadas en una banqueta cerca del río. Al frente se veía New Jersey. Ya era de noche. Una brisa de verano propia de esta ciudad isla nos hizo quedarnos en silencio por unos segundos. Liz nos cuenta que los días allá adentro se suceden a tiempo de compás. Que la lluvia, el sol, el viento, la nieve parecen fenómenos cinematográficos a través de esos barrotes. No poder hacer muñecos de nieve era lo que más frustraba a Liz. Dice que se va a poner las pilas. Que va a poner en orden todos sus papeles, que va a conseguir el SSI, food stamps y todo eso. Que la ciudad le puede pagar hasta la renta de un departamento. Es cosa de que lo haga bien; con astucia, le dice Silvia. Que se puede declarar demente. Que vaya a varias sesiones con el siquiatra, que haga bastante drama, en la onda de que se quiere suicidar, de que no sabe si es hombre o mujer, de que siente que la gente la rechaza, hasta que convenza al doctor de que está inhabilitada para trabajar, y que por lo tanto aplica a ayuda gubernamental. Y para ponerse a hacer todo aquello debe estar con la mente clara. Y ella está tratando, sí. Al menos está tratando. Yo le doy ánimos. Le digo que para ella es fácil, porque es puertorriqueña. Y se ve que Liz quiere hacer las cosas bien. Vive con su mamá y ahí no le hace falta nada.

Liz estará pronto de cumpleaños. Dijo que iba a hacer una fiesta con una gran comelata. Y al saber que nosotras seríamos las primeras invitadas en probar los tamales, como siempre andamos con hambre, nos pusimos a saltar entre carcajadas.